

Desde que comencé a interesarme por el teatro en cualquiera de sus manifestaciones, o sea desde los ocho años en que daba funciones de títeres en el Colegio Motolinía de San Luis Potosí, escuchaba a las personas mayores hablar del teatro en Europa; más tarde continué oyendo esos ditirambos a cuantas personas hablaban del arte escénico, y se les llenaba la boca cuando decían: “Vi en París tal obra”, o bien: “Cuando vi en Roma tal comedia”, o bien: “Ya había visto esa pieza en Madrid”, y de allí se seguían deshaciendo en elogios y poniendo a nuestro movimiento teatral por los suelos. No hace ni seis meses que el señor don Alvaro Custodio, a quien respeto en sus opiniones y lo considero una auténtica “gente de teatro”, publicó en el diario ABC, de Madrid, unas declaraciones contra el teatro en México y llenas de elogio para el de España.

Mi interés por ir a ver teatro a Europa crecía y crecía hasta ahogarme en humillaciones cuando los afortunados que habían viajado me decían llenos de pomposidad: “¡No puedes ser crítico teatral sin conocer lo que se hace en Europa!” Y yo pensaba que tenían toda la razón del mundo, pero si mi interés era mucho, la situación económica en la que vivía no me permitía hacer el viaje, y así mis puños aparecían siempre despellejados de tanto mordérmelos por la ira y la impotencia. Hace dos años decidí dejar de fumar, de beber, de comprar libros, ropa, crema de rasurar y de ir a VIPS a escuchar sobre teatro. A mis hijos no les compré un solo juguete más y prohibí a mi esposa el ir a ningún salón de belleza. La miseria llegó a mi hogar, pero en cambio la libreta de la cuenta de ahorros comenzó a verse llena de números que yo acariciaba con la vista. Llegó el momento en que reuní lo necesario, lo estrictamente necesario, y una mañana de finales de noviembre nos vimos mi esposa y yo a bordo de un avión de Aeronaves de México que, haciendo escala en Miami, nos dejaría en Madrid. ¡Al fin realizaba mi sueño repetido a lo largo de todas las noches durante más de treinta años!

No era sólo el teatro, era también el Museo del Prado, y el Louvre, y Villa Borghese, y el Pío Vaticano, y el Foro Romano, y Toledo con su catedral, y Segovia con su acueducto, y Ávila

con sus murallas, y el Pasco de la Castellana, y la Gran Vía, y la Puerta de Alcalá, y la Vía del Corso, y la Fuente de Bernini en la Plaza Navona, y Notre Dame, y Versalles, y... todo lo que es Europa. Mi alegría en el avión fue mayor al saber que tendríamos como compañeros de viaje a Raúl Astor y a su esposa la actriz Chela Castro, puesto que conocen el viejo continente como yo conozco la colonia Narvarte, y se prestaron de muy buen grado a ser nuestros cicerones. Ya en el avión, y entre mi pavor indomable al pensar que iba a nueve mil metros de altura, escuché a Astor que me decía: “Creo que vas a desilusionarte del teatro en Europa. Para eso mejor Nueva York.” Me propuse continuar la miseria para ahorrar y viajar a la “urbe de acero” próximamente, pero no perdí las esperanzas. ¡Más de treinta años de oír del teatro europeo! Es cierto que mis ahorros no me alcanzaron para incluir Londres en mi itinerario, pero no olvidaba que España era la madre de María Guerrero y últimamente de María Casares, y que Italia había dado al mundo la comedia del arte, y que París era la capital del universo. Además, llevaba boleto para ir a Viena y Salzburgo, en homenaje al hombre que más he admirado en mi vida, o sea Mozart, y no olvidaba tampoco que Viena era la ciudad de la opereta, género por el que he sentido debilidad desde pequeño debido a la cursilería heredada de una tía política. ¡El gran teatro de Europa me esperaba!

La segunda noche en Madrid me vio instalado en el Teatro Alcázar para ver la última comedia de Neil Simon que aún no se estrena en México. Fui con toda la mala fe que puedo abrigar, que es mucha, para que cuando esta comedia se diese en el Distrito Federal, pudiese yo sumarme a los pedantes que me habían atormentado durante tantos años y poder llenarme la boca con la frase: “Cuando vi en Madrid esta comedia...” En el modesto teatrillo del Alcázar, viejo e incómodo, pero bello por ser de herradura, impaciente esperaba que se alzase el telón. Y cuando éste cayó por última vez esa noche, yo quedé llorando en mi butaca. ¡Ahorrar por dos años, privarme de todo, vencer mi miedo al avión, para ver una puesta en escena que en México con Landeta o con el Güero Castro pude haber visto gratis! Y mejor aún, porque ni siquiera los más mediocres actores cómicos mexicanos dicen los chistes al público, le guñan el ojo, salen a recibir

los aplausos en un mutis, ni hablan a gritos como si todo el público fuese sordo. Don Antonio Garisa, que pasa por ser uno de los actores cómicos mejores que hay en la Península, podría serlo en realidad con una buena dirección, pero en aquel teatro, y en todos los demás que vi en España, la dirección es algo tan secundario como la concha del apuntador. Busqué en el programa el nombre del director: Jaime Azpilicueta... Comprendí entonces: con ese apellido debe ser difícil ser un director serio.

En fin, me dije, yo tengo la culpa por venir a este teatro de segunda sólo para presumir en México. Mañana veré el buen teatro español. Y en efecto, quizá lo hubiese visto puesto que compré las mejores localidades para el espectáculo sobre Bertolt Brecht que iba a presentar Fernando Fernán Gómez, quien está considerado, junto con Adolfo Marsillach, lo mejor que hay por ahora en España. Me presenté esa noche al teatro y lo encontré cerrado. La taquillera me informó: "Perdone usted, caballero, pero la función se ha suspendido. El primer actor está en Almería y no ha podido salir su aeroplano por la niebla. Venga usted la próxima semana a ver si hay suerte." Me devolvió mi dinero y me enjugué el llanto con un pañuelo de Galerías Preciados. Ya era tarde para ir a otro teatro y me refugié en una de esas maravillosas tascas a cenar como una boa constrictor por 200 pesetas.

Al día siguiente fui a Toledo con mis boletos para el Teatro de la Comedia en el bolsillo, pero no tuve en cuenta, a pesar de lo que le pasó a Fernán Gómez, que la niebla invernal se abatía sobre Madrid y sus alrededores. Después de pasar todo el día en la maravillosa Toledo y sentirme reconfortado por su Catedral y su Greco, al regreso el coche que nos llevó hizo tres horas, puesto que no podía avanzar más rápido por la intensa niebla. Perdí otra vez el teatro. ¡Y era Alberto Closas, el gran actor español! La noche siguiente, después de pasar todo el día en el Museo del Prado delante de Goya, de Velázquez y sobre todo del Bosco, ocupé un palco en el Teatro de la Comedia.

Para los lectores quizá lo anterior no signifique nada, más para mí era el logro absoluto de muchos sueños tenidos desde adolescente. Y si al placer de estar en un palco del Teatro de la Comedia, se agregaba el que iba a ver a quien me habían dicho era un actor excelente, mi alegría era completa. Pero he aquí

que Alberto Closas, el primer actor hispanoargentino, me decepcionó tanto que volví a llorar por no encontrar en ninguna parte ese teatro europeo al que buscaba. Closas salió a escena desganado, como haciendo el favor de que el público lo viese, y fue devorado desde la primera escena de la graciosa comedia de Barillet y Gredy por su compañera, esta sí una extraordinaria actriz llamada Luisa Muñoz Sampedro. Pero en Closas y en los demás actores continuó esa complicidad terrible con el público al guiñarle el ojo, al dirigirle los chistes, al salir a agradecer los mutis de aplausos . . . Teatro caduco, formas de actuar caducas, intenciones y resultados caducos . . . Me juré no ver más teatro en España y seguir creyendo que *fue* en un pasado el mejor del mundo.

El teatro europeo buscado sin ser hallado aún, sino tan sólo la polilla de lo que quedó, quizá me esperara en Roma adonde llegué una bella mañana de diciembre cuando aún no hacía nada de frío y el sol brillaba sobre el Coliseo. Después de secarme las babas ante el Foro Romano, y ante Bernini, y ante Miguel Ángel, y ante Canova, y de llorar otro poco por la suciedad en que se tiene sumida a esa maravillosa capital y ante la descortesía y odio por el viajero que tienen los romanos, busqué un teatro al cual ir por la noche. Mi sorpresa fue grande al no encontrar nada, o casi nada. ¡Yo soñaba con estar en Roma y escuchar ópera! No había, a pesar de ser temporada. Ya sé que la ópera italiana está en Milán, pero podía haber una poca en Roma, caramba. Algunos teatros de revista, cayéndose de viejos y de sucios, con unas segundas tiples ante las cuales las de nuestro Blanquita son Venus de Botticelli, y dos o tres teatros de comedia. Elegí el que me pareció mejor y no me equivoqué: el bello Teatro Quirino donde se representaba la célebre obra inglesa *Child's play*, traducida respetuosamente como *Giochi da ragazzi*, dirigida por Enrico María Salerno, quien también interpretaba uno de los dos principales papeles. La dirección y actuación de Salerno eran ya una garantía, y si a eso se añade la participación de Paolo Stoppa, todo sonaba muy bien. Con grandes esfuerzos pude conseguir un boleto, puesto que las localidades estaban agotadas con varios días de anticipación, pero el gerente del teatro, el único romano amable con el que me topé en mi estancia en la "ciudad eterna",

al saber que era cronista teatral del diario *Novedades*, de México, me vendió un asiento en el primer balcón.

En lo que respecta a la puesta en escena —exactamente igual a la de Londres, para que no se critique a Manolo Fábregas— y a las actuaciones, nada tengo que objetar. Paolo Stoppa me demostró que es el inmenso actor genérico que yo había admirado en muchas películas, y Salerno —muy parecido a Luis Aragón en el físico y en la manera de actuar— es un excelente actor también. Una bella noche de teatro en Roma, aunque sin nada que en México no se haya hecho y se siga haciendo. Pronto veremos aquí esa obra inglesa extraordinaria, y al empresario que vaya a montarla le recomiendo piense en Luis Aragón para el papel del maestro de latín y griego. El público italiano, como el resto del público europeo, aplaude a rabiar de todo y por todo; salidas de actores, mutis, cuadros, frases ingeniosas, etcétera, pero Salerno y Stoppa han evolucionado junto con el teatro y ya no agradecen esas ovaciones a cada instante, pero tienen que quedarse inmóviles a esperar se restablezca el silencio. No sé si esas manifestaciones entusiastas sean buenas o no. Por un lado demuestran el cariño que siente el público por el teatro y por sus actores, pero por el otro interrumpen la acción a cada momento y rompen el encanto y la magia del teatro. Sin embargo, al fin pude ver algo respetable en Europa en cuanto a teatro se refiere, pero repito, nada que fuese del otro mundo, sino tan sólo del viejo. Después de dos semanas de viaje, sólo había visto una buena puesta en escena y había recibido la frustración de no ver ópera en Roma. Mi estancia en esa ciudad increíble en que las bellezas arquitectónicas, pictóricas y escultóricas se encuentran a cada paso, y no es una frase hecha sino la absoluta realidad, se terminó, y después de ver algunos otros espectáculos musicales, lamentables todos, abandoné Roma sin arrojar deliberadamente una moneda a la Fuente de Trevi, pues después de contemplar con infinita tristeza la mugre en que está sumida la ciudad, no me quedaron deseos de regresar a ella.

Un avión de Ali-Italia, en el que le venden al pasaje desde un cigarrillo hasta un aparato estereofónico, y que es como un mercado aéreo, me dejó en Viena. ¡Llegaba a la capital de la música! ¡Llegaba al país que vio nacer a Mozart y a Haydn! No pude

llorar de emoción porque las primeras lágrimas se congelaron al salir de mis ojos impidiendo el paso a las demás y cortándome la mejilla como aquel *iceberg* al Titanic, pero el corazón me latía de prisa por la emoción. Dificultades inmediatas: nadie comprende el inglés ni el francés. Viena no es una ciudad turística y no está preparada para recibir a los viajeros. Lo único que yo sé de alemán y de austriaco es decir “sí” y “¡atención!”, aprendido en las películas en contra de los nazis. Como existe por fortuna el idioma universal de las señas, me di a entender y llegué al hotel, donde encontré a un austriaco amable que hablaba inglés. Quise primero que nada recorrer la ciudad y tomamos un *auto-car* para emprender un *city-tour*. El guía, un austriaco de dos metros de altura, hablaba catorce idiomas. Nos escuchó hablar español y nos preguntó: “¿De dónde vienen los señores?” “De México”, respondí con timidez pues no olvidaba que Maximiliano había sido también austriaco. El guía nos miró detenidamente y luego contestó con amabilidad pero con firmeza: “¡Ah, muy bien! ¡Voy a llevarlos a la tumba de *su* emperador para que recen un Padrenuestro!” Remarcó tanto el *su* emperador, de una manera tan natural, que por un momento pensé que efectivamente México era un imperio de los Habsburgo. Y cuando estuve delante de la tumba de Maximiliano, con el escudo imperial mexicano y un gran letrero que reza: “Maximiliano I, emperador de México”, confieso que me emocioné un poco y guardé un minuto de silencio por “mi” emperador.

La primera noche que pasé en la ciudad de Viena pregunté en el hotel si era factible el asistir a una representación de alguna opereta vienesa, puesto que estar en Austria y no escuchar al menos una opereta, es como estar en México por vez primera y no ir al Tenampa. Fui informado que el Volksoper, o sea la ópera del pueblo, ofrecía operetas casi a diario durante todo el año. La que se representaría esa noche no era conocida por mí, pero decidí ir de cualquier modo porque, más que el espectáculo, lo que me interesaba era sentirme realmente en Viena. El hotel se encargó de comprar los boletos no sé dónde, pero por dos buenos asientos en luneta pagué treinta dólares. Suspire pensando en la diferencia que había con nuestros espectáculos teatrales: de doce pesos que aquí cuestan, o treinta como la máxima expresión de

generosidad de nuestras autoridades, a los ciento sesenta por boleto que permiten cobrar en Viena. Me imaginé que con esos precios, sólo los millonarios asistirían esa noche; pero como yo andaba en busca del teatro europeo, decidí gastar lo que fuera necesario para encontrar lo que buscaba.

Estábamos en nuestro cuarto forrándonos de camisetas, calzoncillos hasta los tobillos, suéteres, bufandas, gorros con orejeras, guantes, calcetines de lana, etcétera, para poder salir a la calle con una temperatura de seis grados bajo cero, cuando por el teléfono me informaron que a última hora se había cambiado la función del Volksoper y que en lugar de la opereta anunciada se daría *La viuda alegre*, de Franz Lehar, y que si deseaba que se cancelaran mis boletos. Grité en mi pésimo inglés que nada me causaba mayor satisfacción que aquel cambio y que dejaran los boletos como estaban. ¡*La viuda alegre* en Viena, y cambiada por otra, a última hora como si supieran que yo estaba allí! Mentalmente agradecí este rasgo de buena voluntad entre los pueblos. Espero que se entienda esta mi alegría desbordada: desde niño, Franz Lehar y su *Viuda alegre*, junto con su *Conde de Luxemburgo* y otras más, simbolizaban para mí la Viena romántica de la *belle époque* y cuando anduve de comparsa en los coros de la compañía de Pepita Embil y cuando cantaba bajo la regadera aquello de “Ninfa del bosque por ti muero yo . . .”, soñaba con Viena y con sus bosques y su Danubio Azul. Era toda la enorme capacidad para lo cursi que puede dar cabida mi corazón.

Como Raúl Astor y Chela Castro tuvieron que quedarse un día más en Roma porque Raúl perdió la llave de la caja de seguridad del hotel, donde guardaba su dinero, y mientras se llamó a un cerrajero que por veinticinco dólares abriera la caja, ante la desesperación y la angustia de Chela, que ya se veía a las puertas de Santa María la Mayor pidiendo una limosna para regresar a México, perdieron el avión, mi esposa y yo nos encontramos solos en Viena, y nunca más cierta la palabra solos. Ya he dicho que Austria no está preparada para recibir turistas subdesarrollados ni desarrollados, ni le interesa hacerlo, de modo que desenvolverse en Viena sin hablar el idioma, es como entrar a una escuela de sordomudos. Abordamos un taxi dando diente con diente y sin sentir que teníamos extremidades porque ya estaban con-

geladas desde hacía varias horas. Sólo pronuncié una palabra al chofer: "Volksooper". El austriaco se volvió a mirarme, haciendo uso de la modulación que tanto critico no tengan algunos de nuestros actores: "Volksooper". El chofer volvió a hablar largo y tendido y a encogerse de hombros, que fue lo único que entendí. El hombre no sabía qué le estaba yo diciendo y no arrancaba. Decidí apelar a recursos desesperados y me puse a cantar a voz en cuello trozos de *La viuda alegre*, en español, claro, pero confiando en el idioma universal de la música. El chofer dijo algo muy feo (imaginé que era feo por los tonos usados) y al fin puso en marcha el coche.

En el trayecto, mientras veía la hermosa ciudad iluminada, y pensaba que fue destruida por los bombardeos aliados en 1944 y 45, y que en menos de veinte años fue reconstruida íntegramente y tal como estaba, también pensaba en qué consiste que en México les entendamos muy bien a los turistas, aunque hablen un infame inglés, o francés, y en cambio en otros países no entienden, o fingen no entender, nuestra mala pronunciación en otro idioma. Esto no es buena voluntad entre los pueblos. Recuerdo que una vez en Estados Unidos tardé en que me entendieran más de media hora porque había pedido "A glass of milk", y decía yo "milk", cuando debería haber dicho "melk". No logro comprender por qué los sajones hacen aún más impenetrable la barrera del idioma.

Llegamos por fin al Volksooper, un hermoso edificio que fue destruido casi en su totalidad durante la guerra, pero que ahora se levanta exactamente igual que como estuvo durante más de cien años, al menos en su exterior. El interior ha sido remozado con inteligencia, conservando la clásica herradura para los palcos. El teatro estaba lleno a reventar a pesar de los precios ¡Ah, si en México tuviéramos el público que tiene Europa! Estoy convencido que en directores y hasta en actores, estamos muy por encima de buena parte del viejo continente; lo que falla es el gusto por asistir al teatro por parte del público. En eso sí debo reconocer que Europa nos gana, y precisamente "eso" es lo que hace al teatro. Cuando entramos mi esposa y yo, fuimos objeto de que todas las miradas convergiesen hacia nosotros y los comentarios subieron de tono. ¿Sabrán que somos mexicanos y les extraña no vernos los penachos y las flechas? Porque a pesar de la Olimpiada

y del Campeonato Mundial de Futbol, la idea que se tiene de México en parte de Europa es por demás lamentable, debido al desconocimiento total de la geografía y al poco interés que Latinoamérica les despierta. Pero no se trataba de que nos buscaran las plumas, sino que les llamaba poderosamente la atención que fuésemos tan abrigados. Seis grados bajo cero para los austriacos es apenas el inicio del invierno y no justifican aún el alarde de pieles y de suéteres. Rápidamente dejamos en el guardarropa varios kilogramos de exceso y nos acomodamos en nuestras butacas, resignados a morir helados a pesar de la débil calefacción que reinaba en el interior. Y comenzó *La viuda alegre*. La orquesta era mala, muy mala, pero cuando se levantó el telón me sentí transportado de inmediato al día del estreno de esa opereta. La tradición, los ideales conservadores, el gusto por su pasado, hacen que las grandes operetas se sigan representado exactamente igual que en la fecha de su estreno. La escenografía es la misma y sólo se ha incorporado el escenario giratorio para hacer más fluida la representación. Los trajes están hechos sobre los originales y la coreografía y modo de actuar y cantar es exactamente la misma. Una verdadera delicia para un historiador del teatro como yo, pero no para quien busca la importancia y la trascendencia del “famoso” teatro europeo. Una desilusión más, pero una alegría más por el teatro en México.

10, 17 y 24 de enero de 1971

DOÑA BELARDA DE FRANCIA

Ama, señora; señora ama, cama, señora rama, canora cama, ama canora, cama señora, sonora, dora que adora la flora, cora de la cama añora la hora, dora de la canora ama señora . . .” Juegos que se hacen fuegos artificiales, lenguaje que salta y brinca, escarnio de la rima ripiosa, carcajada gramatical, cultura del medievo literario, alarde de la ocupación de la palabra, todo esto y mucho más es *Doña Belarda de Francia*, la farsa renacentista y anti-poética que Héctor Azar acaba de publicar en una hermosa edi-